

piza el generoso anhelo de la patria de Guatimoc. Muy pronto, la ambicion del nuevo caudillo arroja la máscara al suelo, y sube las gradas de un trono frágil..... ¿Para qué continuar? A mi intento basta que el benévolo lector de estos renglones, llevado solo de un amor puro á la verdad, se diga allá en su corazon, si la gloria de Hidalgo puede ser ofuscada por la de Iturbide. Y diga tambien, si Sanchez de Tagle, Ortega, Ochoa y algun otro que hubiese hecho sonar en su lira las épicas notas, entre los de esa generacion contemporánea, puede decirse, de Alpuche, sin escluir á Quintana Roo, rindieron como el poeta tijosucano, el tributo que la memoria del mártir merecia.

Prescindiendo ahora de las consideraciones acabadas de esponer, me atreveria á decir que acaso ninguno de los poetas mencionados entonó, como ha dicho muy bien un escritor; estancias mas llenas de majestuosa grandeza, ni silvas tan rotundas y sonoras como las de Alpuche. Arrebatado por la sublime inspiracion patriótica, habrá conculcado algunas veces las reglas del arte, como ya sin pasion he confesado yo mismo; pero de la misma manera con que al héroe de su poema que ha dado márgen á estas observaciones, nadie podrá arrebatarse la gloria de haber sido el primero en la epepe—

ya de la independenciam de este suelo, así tambien habrá que conceder siempre á su primer cantor la gloria de haber sido grato y justo para con el padre de la libertad mexicana.

No es el poema «*Hidalgo*» la única patriótica poesia que Alpuche nos legó. Dos odas intituladas «*Grito de Dolores*» y «*La Independencia*,» unas cuartetos sonoras «*Al suplicio de Morelos*, en dos breves poesías á la memoria de D. Miguel Barragan, encuéntrase en la coleccion que examine.

No haré el análisis de ellas con la extension que he juzgado conveniente al hablar del poema; pero sí haré notar que encierran bellezas en que deben fijarse los amantes de la buena poesia.

De qué figuras tan hermosas está sembrada la primera, al «*Grito de Dolores!*»

Escuchad, escuchad con que valiente entonacion comienza:

De la opresion el ominoso imperio
Que á un pueblo tiraniza,
Solo durar podrá si el pueblo inerte,
La cerviz inclinando al cautiverio
Digno se muestra de sufrir su suerte;
Mas si encendido de furor el pecho
Osa agitar los vigorosos brazos,
Al instante les hierros á pedazos
Caen: la tiranía

Cual paja por el fuego devorada,
 Súbito desaparece,
 Y la alma libertad del rayo armada
 Sobre un trono de gloria resplandece.

En seguida, pinta la fuerza incontrastable de la diosa; recuerda el hundimiento del trono de Tarquino en el Tibre, y nos señala á la vecina república del Norte sacudiendo el yugo de la orgullosa Albion; comparando tan grandiosos hechos con el de la patria que ardiendo en ira grita: ¡libertad! y continúa:

Cual rueda despeñado
 De monte en monte con horror profundo
 El trueno bramador, y aterra el mundo,
 Así el clamor sagrado
 Que la patria lanzó, retumba airado,
 Tremendo se difunde
 Por los pueblos y campos mexicanos
 Y estremece y conturba á los tiranos.

¿Cómo el que tan ardiente admiración sentía por el *primero* de los héroes, había de dejarlo en injusto olvido? La figura radiosa de Hidalgo aparece en la estancia III con todo el brillante atavío de que la imaginación del poeta sabía revestir sus cuadros. Tan animado y palpitante es este, que nos parece ver agitarse á todo un pueblo que se

agrupa al derredor del anciano de Dolores, con los semblantes animados por el fuego heroico del patriotismo, y llegar á derribar el trono como oleadas de un mar que amenaza sepultar en sus abismos el poder que tres siglos respetaran.

Alpuche, que se traslada á la escena que describe, dirige su voz á los insurgentes animándolos á entrar al combate, porque la victoria los llama, y como si aquellos acentos no bastasen les dice así:

.....¿Quién al torrente
 Resistirá de un pueblo enfurecido
 Que hirviendo en sed de sangre y de venganza
 Al campo de la gloria se abalanza
 A vencer ó morir? La lava ardiente
 Si una vez del volcan se ha despeñado,
 ¿Quién pone dique á su voraz corriente?
 Árboles, rocas, muros y ciudades
 Abruma y aniquila, y victoriosa
 Al mar lleva la frente pavorosa.

Aquí no solo hay que admirar grandeza, elevación y cuanto de hermoso pudiera exigirse al mas afamado poeta; aquí se vé á Alpuche manejando con exquisito gusto y especial tino las *cesuras* que tanto contribuyen á dar á la *silva* ese carácter elevado que la hace adecuada á los asuntos heroicos.

Este canto homérico, revela que el poeta yucateco se sentía inflamado al escribir sus odas, por una inspiración que no á todos es dado llegar á poseer. No es el poeta que canta en el aniversario de los días de la patria, de *orden suprema*, como ha dicho Guillermo Prieto, burlándose de la frialdad de los que admiran á los héroes en día dado y por encargo de una junta patriótica. No están rebuscadas las ideas, no están pulidas las estancias, como para merecer la aprobación de una academia compuesta de ancianos gramáticos ó presistas, no; es la expresión espontánea de los sentimientos que en el corazón rebozan; son copias de la naturaleza sorprendida en sus instantes más hermosos.

Por eso cuando leemos en esta oda:

Mirad, mirad, las haces españolas
 En las Cruces huir acobardadas
 Como débiles olas
 Del Aquilon furioso atropelladas.
 Las sigue, las alcanza, las comprime
 La vencedora hueste acaudillada
 Por Hidalgo inmortal.....

nos parece que en realidad presenciarnos una de las batallas sin cuento que libraron los insurgentes,

antes del definitivo triunfo de las armas nacionales.

Alpuche en presencia de tan olimpica gloria, no puede menos que ambicionar unir su nombre al de aquel que pasará á remotas generaciones; por eso los veintiocho versos finales están consagrados á revelar ya no solo la sublime acción de Hidalgo, sino también el anhelo que el corazón del poeta abraza. Mezcla aquí su nombre; ¿podrá tacharse de presuntuoso y vano al cantor, por este rasgo? No; que almas como la suya si conciben una idea ambiciosa, son grandes y admirables en su ambición misma. Además de que con fino modo confiesa su anhelo y deja entrever cuanta es y cuán digna su modestia.

No desdice de la anterior la que se intitula «*La Independencia*.» Parece difícil que un mismo tema pudiese proporcionar nuevos y siempre grandiosos pensamientos al poeta. Pero es un hecho: allí están sus inmortales cantos; leedlos y le hallareis siempre elevado, siempre á la altura del hecho que celebra. Hidalgo, su ídolo, vuelve á presentarse á vuestra vista tomando cada vez su noble figura, más colosales proporciones. ¡Poder del genio que todo lo avasalla! Franklin encade-

na el rayo que arrebató á las nubes; Alpuche detiene á su lado la inspiracion del cielo.

Escuchadlo si no en la estancia IV de esta oda soberbia:

Dadme la lira que pulsó Tirteo,
Dádmela al punto, y me vereis cual rayo
Correr, volar, y recorrer los llanos,
Los bosques y las selvas y montañas
Do habitan los valientes mexicanos,
Y mi robusta voz en fieros tonos
Mirareis con impulso irresistible
Romper los cetros, derribar los tronos.

La inspiracion eleva su espíritu, y mira ante sí abiertas de par en par las puertas del porvenir. Contempla los hechos todos que mas tarde habia de realizar el varonil esfuerzo de los héroes,

De los fastos de México arrancando
El nombre exclavizante de los reyes.

Mira el apoteosis de los que tal lograron, sin echar en olvido aquella figura grandiosa del caudillo suriano, del invencible Guerrero. Leído como habia en el misterioso libro del porvenir, en un arranque de imponderable efecto, revela su vision y con potente voz anima al combate á los libres. ¿Qué importan los obstáculos que los esbirros que el tira-

no habrá de acumular para detener el curso de las salvadoras legiones, cuando

En vano negras nubes se amontonan
A oscurecer al sol: el sol radiante
Al esparcir su ardiente cabellera,
Las nubes aniquila, y entre tanto
Sigue radiante su inmortal carrera?

Así, con magnífico sello, da Alpuche por terminada su oda, y no continuó yo haciendo de ella otras recomendaciones mas que las expuestas, porque no se me acuse de pródigo en elogios; aunque bien merecidos los tiene el cantor de Hidalgo, que descendió á la tumba siete años antes que el autor de este ensayo viese la luz primera; suficiente razon para que nadie atreverse pueda á atribuir á innobles miras mis palabras.

Pocas composiciones del mexicano parnaso podrán reunir en tan corto número de versos, con tan poca pretension, las filosóficas ideas, las bien acordadas notas y la patriótica inspiracion de la brevísima poesía de Alpuche «*Al suplicio de Morelos.*»

Arma poderosa de los tiranos el cadalso, para que la amenaza de la afrenta ignominiosa que él imprime sirva para sofocar los impulsos mas gene-

rosos de los bien templados corazones, con crueldad la han esgrimido, y ¡necia preocupacion! manchados con imborrable tinta, ha reputado á los inocentes sobre cuya estirpe arrojaran tan negra nota los tiranos. Durante siglos enteros la humillacion ha sido preferida á la muerte de manos de un verdugo; pero ¡oh regeneracion gloriosa! al atravesar los mundos y conmover las sociedades la idea santa de la libertad y del progreso, el cadalso, purificado con la sangre de mil mártires, se ha convertido en pedestal de imperecedero monumento, en templo grandioso que los siglos respetan. Infama hasta el presente al criminal á quien allí conduce el severo brazo de la justicia; pero ennoblece é inmortaliza al que desafiando el poder de los tiranos eleva su voz y pretende derribar los tronos.

Hé aquí el gran pensamiento que domina en el «*Suplicio de Morelos*.» ¿Quién ignora que el improvisado guerrero, llena con su nombre y con sus victorias las mas esplendentes páginas de nuestra historia? ¿Quién no sabe que en él se personifica el génio, el valor, el indomable brío del insurgente, cuyos hechos recoge ávido un pueblo que se enorgullece de haberlo contado en el número de sus hijos?

Alpuche que, guiado por la razon severa, por la justicia inviolable, conduce al cielo de la inmortalidad en alas de su génio á los verdaderos apóstoles y caudillos mexicanos, no olvidó, ni pudiera haberlo olvidado, al gran Morelos.

Por eso al referir el suplicio á que los opresores le condenaron, le engrandece y eleva; proclama las sublimes ideas de nuestro siglo acerca del cadalso, y promete que la sangre de Morelos será vengada con furor.

Breve es, lo repito, este canto; pero grande en el pensamiento y hermoso en la expresion. ¿Qué mas pudiera apetecerse?

En nuevo teatro encontramos á nuestro autor al llegar á este punto, y pláceme por cierto, lector amigo, poder brindarte una tregua á los estudios literarios en que con mas bondad que justicia me habrás seguido hasta aquí. Sin sujetarme al riguroso método de examinar las obras de Alpuche, segun sus fechas, parecióme mas conveniente consagrar determinada parte de este ensayo á cada uno de los géneros cultivados por el tijosucano, dando preferente colocacion al patriótico, porque como probar he intentado, en él, mas que en ningun otro, sobresalió Alpuche.

Natural era que el impetuoso carácter, que el

bien templado patriotismo de Alpuche le condujera á la resbaladiza pendiente de la política, la voluble diosa que si una vez nos sonrié nos aprisiona en sus redes, por mas que los sinsabores y desengaños que causa sean mas grandes, y con mucho, que las glorias que brinda.

Pero, ¿cómo dejar de tener fé viva y ardiente en las instituciones acabadas de conquistar, cuando ni el voto público era falseado con cinismo por autoridades sin pudor, cuando al mérito concedíasele la preeminencia ó supremacía que la razon manda concederle? ¿Cómo no alimentar en el pecho esperanzas generosas y concebir pensamientos grandes que al realizarse conducirían á seguro puerto la vacilante nave del Estado que comenzaba á dar al viento sus turgentes velas, todavía no manchada con la saliva asquerosa de los mercaderes políticos?

Labrador honrado á quien sus sementeras producían bastante para llenar las necesidades de su modesto hogar, Alpuche no se presentaba sediento de medrar en los públicos oficios, ni de vagar con mengua de una dignidad que algunos dijeren orgullo, en las antesalas de los magnates. No; mas nobles proyectos le impulsaban, y posible no hubiera sido lo contrario en quien habia hecho con

la sátira *A un Juez*, ya conocida, arrojando á la faz de los malos gobernantes, la mas vehemente de las acusaciones.

Marca la época de su aparicion en la política escena un suceso que ligeramente voy á referir.

Allá por el año de 1834, abandonando Alpuche su retiro pacífico situado, como ya hemos visto, en las risueñas comarcas de Tihosuco, dirigióse á Mérida, capital entonces de toda la península yucateca, para asuntos enteramente personales.

Por aquellos dias, se preparaban los pueblos todos del departamento á celebrar de la manera mas digna que posible les fuese, el aniversario de la proclamacion de nuestra santa independencia. Mérida, de cuyas prensas habian salido las soberbias y magníficas poesías de Alpuche para atravesar en medio del universal aplauso, no ignoraba la presencia del cantor, ni hubiera prescindido de escucharle un vez mas. Acercóse una comision á invitarle cortesmente, y ¿cómo rehusar quien solo tenia notas en su lira y latidos en su corazon, para la patria y para sus héroes? Alpuche aceptó; y el 16 de Setiembre de aquel año, un pueblo numeroso aguardaba con impaciencia el momento en que la voz del poeta de Tihosuco habia de conmover los corazones. Nutrido y prolongado aplauso salu-

dó al orador en el instante en que su gallarda figura apareció en la tribuna patriótica. Precediale la fama que ya por aquellos dias tenia conquistada, y prevenia mucho en su favor al auditorio la arrogante presencia de Alpuche. Joven, de ojos claros, cuya expresiva mirada revelaba el fuego del corazon, de rubios cabellos y formas proporcionadas; vestido con aliño, no hubiera podido reconocer el pueblo en él al labrador que acababa de separarse de sus bosques nativos. Ah! quién hubiera podido contemplar el hermoso cuadro que presentaba aquel 16 de Setiembre en que la gran plaza de la Constitucion de Mérida estaba henchida de un pueblo numeroso, alborozado y feliz porque no habia en su cielo las negras y sanguíneas nubes que mas tarde el humo del incendio y el vapor de la sangre habia de subir á entristecer! Quién hubiera contemplado á las gentiles hijas de Mérida fijando sus ardientes pupilas en el simpático orador de aquella festividad, enendiéndose sus aperladas mejillas al encontrarse sus miradas con las del apuesto y arrogante trovador?.....

Si la magestuosa elocuencia de la cívica oracion de Alpuche, en que brillaban las imágenes mas sublimes, las frases mas arrebatadoras, no hubiese satisfecho un tanto las esperanzas de aquel pue-

blo, un suceso poco favorable hubiera coronado la obra.

Habian concurrido creyendo escuchar una nueva oda pindárica; querian seguir al génio al remontarse en sus alas á las regiones del infinito, y deleitarse con las rotundas estancias armónicas, ricas y deliciosas flores poéticas de un canto como solo Alpuche sabia entonarlo, y hallaron un discurso en elegante y elevado lenguaje es verdad; pero cuando se ha consentido en una cosa, ¿no es verdad que desespera verse contrariado?

Sin embargo, al talento está reservado imponerse á las masas con irresistible poder, y Alpuche descendió de la tribuna entre el estruendo del mas espontáneo y sincero aplauso.

Acrecentóse la fama de que ya gozaba, y poco tiempo despues el voto público concediole un puesto en la legislatura del Estado. Fácil es comprender que Alpuche en el seno de la representacion del Estado no desempeñó el degradante y envilecido papel de los diputados de los pequeños congresos compuestos, las mas veces, de ignorantes y torpes ciudadanos que sin la conciencia de su mision no concurren sino á cumplimentar las órdenes del poder de que son asalariados. No cabia en la dignidad del poeta tan mezquino carácter, y su-

po conducirse como no podia menos que esperarse de un hombre de talento superior.

Mas tarde, terminadas ya sus tareas legislativas, el pueblo concediolo mas elevado y distinguido carácter eligiéndole para representante en el Congreso general de la Nacion. Y téngase en cuenta que en aquella época Yucatan que contaba entre sus hijos á un D. Andrés Quintana Roo, honra y prez de la literatura y del periodismo nacional; á un D. Lorenzo de Zavala cuyo asombroso talento le condujo á extraviada serda una vez despertadas en él las pasiones inherentes á la carrera política; á un D. Manuel Crescencio Rejon, elocuente orador, y entendido ministro; y á otros que como los anteriores hubieran sido un timbre de gloria para cualquier pueblo ilustrado. Entonces Yucatan honra mas que al presente, ¿por qué no confesarlo? al saber y al verdadero mérito; porque aun no habian surgido esas revoluciones que tantos males han causado, y el torbellino político no habia levantado la escoria de aquella sociedad para arrojarla á la cara de los hombres honrados y de las ilustraciones de aquel desventurado suelo. Los años han traído en su curso nuevos hombres y nuevos hechos, y mas de una vez los yucatecos han sentido rubor al considerar cuán en poco se ha

tenido en cuenta la dignidad y el buen nombre del Estado.

El diputado yucateco, llegó á México. Detengámonos á contemplarle un momento acariciando todo ese enjambre de doradas ilusiones que un jóven de provincia trae al nuevo y vastísimo teatro que la capital de la nacion le ofrece.

Da la distancia proporciones que las cosas en realidad no tienen; así ciertos hombres á quien la fama pública nos ha dado á conocer desde lejos, nos parecen pequeños cuando llegada la ocasión podemos frente á frente contemplarlos. Tal sucede á la mayor parte de los jóvenes nacidos en las pequeñas poblaciones, que aspiran la realizacion del mas seductor de sus ensueños: ver las grandes capitales y disfrutar de todos sus encantos, de todas sus perfecciones. El tiempo, insigne descubridor de verdades, está encargado de desvanecer con crueldad esos ensueños, y entonces, como Juan de Timoneda despues de tratar á los reyes y á los cortesanos, exclaman *hombres como los demás!* cuando no la fuerza misma del desengaño los empequeñece tanto que aparecen pigmeos los que juzgáranse gigantes.

Alpuche al pisar los umbrales de la ciudad azteca, no pudo librarse del general contagio; soñó,